

don Francisco Martínez Ramírez. El culto periodista brindó generosamente a López Torres una de las mejores habitaciones de su casa, en la que aquél dió magistral concepción a numerosos lienzos que constituyeron los primeros triunfos que habrían de jalonar su brillante carrera. Como decíamos, se encaminaba un buen día hacia el «Mirasol» cuando se le acercó un anciano mendigo que, temblorosamente, le imploró una limosna. No tardó mucho el pintor en quedar atraído por el porte de aquel anciano que nada tenía de común con los demás mendigos. En su cara podía percibirse la huella de un inmenso sufrimiento y en su mirada, llena de melancolía, había un destello de nobleza que casi se apagaba ya, absorbido por aquella tristeza infinita. Tenía el venerable viejo la cabeza despoblada casi de pelo, y el poco que quedaba en ella, así como el de su barba, era de un color plateado que denotaba su elevada edad. Llevaba completamente desnudo el pecho y en su hombro derecho descansaba una ya raída manta zamorana. Un pequeño lebrél seguía fielmente sus pasos, constituyendo su única compañía.

López Torres comprendió bien pronto que se trataba de algún personaje que, quién sabe por qué desgraciados reveses, había sido lanzado a tan misera situación. Recordó entonces que por el pueblo circulaba la noticia de que había llegado un mendigo que, en tiempos, había sido cónsul y noble aristócrata en una República centroamericana, de la que se vió precisado a evadir huyendo de una revuelta política. Había hecho la travesía del Atlántico en las bodegas de un barco mercante, llegando a España sin ropa ni dinero y, lo que es peor, sin documentación alguna que justificara su personalidad. Además, el anciano, como consecuencia de los inmensos sufrimientos padecidos, había quedado sumido en un estado de inconsciencia que no le permitía evocar muchos datos de su anterior existencia. Pero lo interesante para el pintor no fué ya el conocer los comentarios que todo el mundo hacía de aquel pobre anciano, sino que, desde aquel mismo momento, se propuso llevar al lienzo aquella expresión de amargura y nobleza.

Durante quince días posó el anciano ante López Torres. Quince días que constituyeron una lucha para el pintor, resuelto firmemente a reflejar, con toda fidelidad aquel rostro lleno de arrugas, contraído por los años y el sufrimiento, "aquella mirada de resignada amargura". Y a las quince sesiones nuestro artista ponía la última pincelada sobre su nuevo cuadro.

López Torres había salido ajroso de la prueba. Sus propósitos quedaban plenamente realizados: el pintor había reflejado, no solamente la anatomía de aquella cara, sino que ésta no fué más que el medio para conseguir plasmar, más que el cuerpo, el alma de aquel mendigo; el alma atormentada por un sufrimiento terrible. De suerte que hoy, al pasar los años, la simple contemplación del «Retrato de anciano» nos evoca toda la historia aquella que circuló de boca en boca y el magnífico trabajo de López Torres, que tan gallardamente supo adentrarse en el psiquismo de aquel hombre, nos incita a la conmiseración del noble anciano.

Así se realizó, pues, la obra del joven artista, obra que marcaba un triunfo indiscutible y que vino a revelarles como un auténtico valor.

Y cuenta el gran pintor que, cuando el anciano se vió tan magníficamente retratado en el lienzo, lleno de emoción, se quedó ensimismado ante su figura, mientras unas lágrimas resbalaron por las venerables mejillas, brillando, como dos perlas, a la luz potente del sol canicular.

Jorge Luis de Montesinos.